

RECENSIONI



FRANCESCA PANAJO

Miguel Sánchez Ibáñez, *La (neo)lógica de las lenguas*.
¿Por qué no podemos dejar de crear palabras?,
Madrid, Pie de Página, 2021, 218 pp.

Que en el campo de la lingüística alberguen investigaciones sobre perspectivas, más o menos comunes, a la hora de argumentar en qué consiste la creatividad léxica y cuáles son sus características más evidentes, es bien sabido, pero, que escribir sobre neológica fuese tan fácil para este autor, es lo que más sorprende de este libro. *La (neo)lógica de las lenguas* constituye el primer salto – solo para aludir a una de las metáforas de las que se sirve el autor – de Miguel Sánchez Ibáñez, lingüista apasionado de neología y profesor universitario, además que traductor y socio fundador de MariCorners, asociación que favorece la difusión de trabajos académicos relacionados con cuestiones LGBTQ+, en el mundo del papel impreso con la editorial Pie de Página.

El texto, de índole divulgativa y con un estilo claro y accesible, va dirigido tanto a estudiantes y académicos como a cuantos estén interesados en el poder de las palabras o, mejor dicho, de las palabras nuevas. Publicado en 2021, esta obra nos sumerge en un fascinante viaje a través de la estructura y el funcionamiento de las palabras, pasando por los procesos de formación de los neologismos y explorando cómo las lenguas evolucionan y se adaptan a los cambios culturales, tecnológicos y sociales. El íncipit se abre con un interrogante, *¿Por qué no podemos dejar de crear palabras?*, mismo que constituye el subtítulo de la obra, cuyo intento de aclaración se encuentra bien explicitado en la dedicatoria al lector, *A ti, que creas sin saber que creas*. Y es precisamente aquí donde Sánchez Ibáñez explicita el doble objetivo de su texto, a saber, reflexionar sobre las palabras y, casi de forma consustancial, hacer que el hablante tome conciencia del papel que desempeña en los procesos de creación léxica, en tanto que creador constante de esos dispositivos lingüísticos que son las palabras. La estructura se articula en cuatro capítulos, cuyo marco metodológico se sustenta en una perspec-

tiva holística que permite al autor ir conectando su propia visión neológica con la rigurosidad del trabajo científico. El corpus está constituido por unos neologismos –tales como *alubiada*, *like*, *televermut* y *flamencólico*– sacados, en mayor parte, de la prensa de la última década –sin olvidar lo proporcionado por su ahijada, *pendientería*– y justificados por ese impulso progresista y actualizador que impregna todo sistema lingüístico, a saber, el de denominar la realidad.

El tono coloquial y humorístico, el recurso a las metáforas, la presencia de unas ilustraciones que acompañan al lector a lo largo de toda la obra, la capacidad, en fin, de hacer accesibles conceptos complejos a un público amplio, lejos de sacrificar la profundidad analítica, saca a relucir el compromiso del autor con una comprensión cabal del lenguaje, todo centrado en esa dinamicidad de la lengua. De hecho, una de las principales premisas de este libro es la noción de que las lenguas no son estáticas, sino que están en constante cambio y adaptación. Sánchez Ibáñez examina cómo diversos factores, como la tecnología, la cultura, la moda y hasta el cine, influyen en la forma en que las lenguas se desarrollan y se transforman con el tiempo.

Inaugura el libro “La neología y los neologismos: qué son y por qué son tan importantes”. A pesar de ser el menos extenso, este primer apartado aborda el tema del cambio lingüístico en tanto que equipara la neología a una cuerda perpetuamente en tensión. Y es precisamente enfocándose en dicha tensión que nunca se atenúa como se torna posible, por un lado, marcar la estabilidad lingüística y, por otro, abordar todos los cambios, la influencia, la renovación, en fin, el dinamismo de la lengua. La neología, testimonio de la fuerza del tiempo e hija de los esquemas de aceptabilidad de cada lengua, responde pues a la necesidad de sus usuarios de encontrar una etiqueta bajo la cual agrupar palabras como *followers*, si bien su fecha de nacimiento resulte casi imposible que fijar, excepto en el caso de *mileurista*, que el autor presenta en un recorrido desde su primera aparición hasta su entrada en el diccionario. Como si de héroe se tratase, es a través de la imagen de la muerte como el autor logra clavar en la mente del lector el segundo parámetro neológico: la aceptabilidad de un neologismo se corresponde con su fin en cuanto tal. En los párrafos que siguen, después de pasar revista a las cuatro cuestiones presentes en todo debate alrededor de qué es un neologismo, a saber, inestabilidad formal, inestabilidad semántica,

carencia de entrada lexicográfica y percepción neológica por parte de los hablantes, el autor nos insta a reflexionar sobre otros aspectos que bien podrían ayudarnos en el intento de aclaración neológica. El primero, la memoria, medio de propagación e implantación en la lengua de cada hablante; el segundo, el tiempo, marca inexorable de los estadios evolutivos de todas las palabras y guía en el establecimiento de los parámetros de novedad.

En el segundo capítulo, “¿De dónde sale este palabro? Procedimientos de creación neológica”, la memoria se torna pretexto para presentar, a través de unos casos de estudio –*TAC, aplicación, streaming, eurófobo*–, su propia clasificación de los neologismos. Al echar mano de otras metáforas, esta vez ya no épicas sino ferroviarias, Sánchez Ibáñez nos presenta la primera clase de neologismos, a saber, los formales. Los planos implicados son el morfológico y el sintagmático y los procedimientos conciernen a la combinación de lexemas y morfemas ya existentes bajo forma de locomotoras y vagones que se juntan por primera vez –sobre- envejecimiento, yihadismo electrónico–, dando vida a distintos tipos de trenes. Dentro de esta clase, el autor apunta al proceso de derivación, cuya productividad depende de la posición del vagón con respecto a la locomotora, es este el caso de *pendientería*, neologismo por sufijación, o antiincendios, neologismo por prefijación. Diversamente, en el caso de que en un tren vayan apareciendo dos locomotoras, el proceso será el de composición, tales son los neologismos *ciberactivista, blanquívioleta* o *ecosostenible*. Forman parte de esta clase también *pantalón pitillo, secuestro exprés* y *tomate cherry*, casos de neologismos sintagmáticos; y *mupi, intro* y *conspiranoico*, abreviaciones por sigla, acortamiento y acrónimo, respectivamente. La segunda clase en la que se construye la clasificación ya no atañe a los trenes, sino que el autor quiere focalizar la atención en los pasajeros que se encuentran implicados en el viaje y que serán los responsables del nuevo significado atribuido a las palabras; concierne, en definitiva, a la neología semántica. Además del ejemplo emblemático presentado en el ámbito informático, a saber, *ratón*, se presentan a continuación los procesos de formación de los sentidos de las palabras que, en algunas ocasiones, pueden guardar relación con el dominio origen en términos de trasposición –construcciones metafóricas– o en términos de vinculación con el dominio de partida –construcciones metonímicas– y, en última instancia, asistimos a casos de lexicalización de marcas comer-

ciales, que le permiten al autor sacar a colación ejemplos como los de *Kleenex* y *clínex* o *Rimmel* y *rímel*. Cierran el capítulo la clase de los neologismos por préstamo que, una vez más, van de la mano de unas imágenes ferroviarias y, en concreto, de las de los trenes extranjeros, en los que encontramos *crowdfunding*, *sorpasso* y *aguacate*, sin pasar por alto el arduo intento clasificatorio de los calcos.

En el tercer capítulo titulado “Neologicidad: el quid de la invención” se entra en el meollo de la cuestión. Presentándonos el *casting* de palabras que conforma su obra, el autor nos permite ver de cerca el proceso de neologicidad. El primer panorama que quizá nos permita adentrarnos en esa perspectiva neológica es el de la variación formal que da lugar a batallas como la que tiene lugar entre *online*, *on line* y *on-line*, prestando particular atención, en el caso de *on-line*, charla-colquio y *master-class*, entre otros, a la función del guion, que el autor nos presenta bajo forma de enganche, conforme va siguiendo la metáfora del tren. La personal decisión de abogar por una u otra forma y, de paso, el abanico de elecciones ortográficas, en tanto que representaciones de unos intentos de interiorización de las palabras por parte del hablante, hace que salte la chispa que nos permita entender las razones de la neologicidad. Sin embargo, desentrañar la maraña que nos cuenta acerca de la lógica que subyace en la creación de los neologismos es motivo para sacar a relucir otra metáfora, para lograr, una vez más, esa conexión con el lector, y para que quede grabada en su mente otra representación gráfica. Todas las estrategias de presentación, los matices de uso, la motivación que se esconde detrás de cada neologismo, se presentan, al igual que en una mesa de mezclas, cuales elementos independientes e inesperados de la melodía. Percibir la neologicidad consiste pues en hacer tesoro de todas las evidencias neológicas a la hora aplicar los parámetros de detección de los neologismos, los mismos que nos permitirán diferenciar entre los neologismos Cobain y los Pantoja.

La cuestión de los límites borrosos entre creatividad lingüística y pragmatismo lexicográfico ocupa el último apartado, “Neología y diccionarios: la cuadratura del círculo”. Si bien, por un lado, el autor reconoce las dificultades que entraña la implantación de neologismos en el diccionario y las pruebas a las que tendrán que enfrentarse para encontrar su lugar en la obra lexicográfica – categorización gramatical, orden de acepción y marca de uso, entre otras –, por otro, la autonomía

que algunos diccionarios están experimentando les permite dotarse de identidad propia hasta el punto de yuxtaponerse al mismísimo sistema cultural. En específico, la reflexión que se articula alrededor de este círculo vicioso entre impulso renovador y apego a las normas nos revela una configuración demiúrgica de la lexicografía, particularmente evidente en el caso del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, que sobrepasa los límites de la compilación, desembocando en un intento de domesticación para acabar con todo esfuerzo de renovación léxica. No obstante, la personificación parece volverse un arma de doble filo y pensar en los lexicógrafos en tanto que personas dotadas de su propia percepción de la realidad y, por consiguiente, de una visión subjetiva y circunscrita a su campo cognoscitivo, puede contribuir a rasguñar esa áurea de poderío que emanan los diccionarios.

El *impasse* lexicográfico, la convención y la adecuación a las normas se configuran como castigo y recompensa para los neologismos que se presentan al *casting*. Independientemente de lo que será su destino, el propósito denominativo de las palabras nuevas, que en un momento dado motivó su nacimiento, habrá creado un puente inédito entre el mundo y los hablantes que lo habitan. Captar la chispa de la percepción neológica, ese lazo que vincula cada hablante con la comunidad lingüística de la que forma parte y que le permite alimentar el fogón neológico, es pues aproximarse a la neologicidad. Y como un círculo que se cierra sobre sí mismo, es precisamente el hablante, destinatario y progenitor de las palabras, quien, al formar parte del jurado de *casting* de los neologismos, decretará su victoria o, simplemente, no se comprometerá con su difusión.

Las páginas de este libro, a pesar de basarse en una visión personal de la creatividad léxica, consagran a su autor como auténtico poeta de la neología. Al rigor lingüístico, que se encuentra sustentado por las referencias bibliográficas al final de la obra, se añade el gran número de ejemplos que conforman un corpus diversificado en estilo y modalidad. Asimismo, la conexión que logra establecer con el lector acudiendo, de vez en cuando, a anécdotas familiares y frases humorísticas, enriquece aún más el intento divulgativo de la obra, en tanto que le permite dirigirse a cualquier clase de viajero que decida aventurarse en este viaje para descubrir el poder de las palabras y saborear mejor el gusto de reinventarlas.

